

La novela: ruta de navegación

Viajes con un mapa en blanco

JUAN GABRIEL VÁSQUEZ

Alfaguara, Bogotá, 2018, 207 pp.

NUNCA ANTES lo ficticio había incidido en las vidas de mujeres y hombres de la manera en la que lo hace ahora. Es tal el poder de lo virtual que se hace difícil distinguir lo falso de lo verdadero en el día a día, para detrimento tanto del individuo como de la sociedad en la que está inmerso. En un mundo así, hiperficcionalizado, un mundo de redes sociales donde nadie se conoce en realidad, un mundo performático en el que las personas se despojan de su humanidad para convertirse en letreros publicitarios de sí mismas, un mundo de noticias falsas, de posverdades y sofismos, de millones de celebridades anónimas, de percepciones distorsionadas y mentiras entronizadas como ciertas a fuerza de repetirse, resulta indispensable contar con las herramientas necesarias para separar la paja del trigo. Qué mejor estrategia para ello que cuestionar las motivaciones, los mecanismos y los alcances del arte de la novela, esa mentira que revela verdades, o al menos eso parece sugerir Juan Gabriel Vásquez en este su segundo libro de ensayos. “Todos los ensayos que lo componen”, escribe Vásquez en el texto que abre la colección a manera de prólogo,

(...) han sido escritos durante los últimos ocho años, y la misma idea los atraviesa: averiguar, de formas más o menos directas, qué es esto que llamamos novela, qué nos hace y cómo lo hace y por qué ha sido importante que lo haga (si es que lo ha sido) y por qué puede ser lamentable que deje de hacerlo (si es que deja de hacerlo). (p. 15)

Atrás han quedado los días en que se menospreciaba lo que los escritores pudieran decir de su oficio. En *Viajes con un mapa en blanco*, Vásquez presenta un mapa de sus lecturas y sus obsesiones, explora las claves de las obras de sus maestros y de las propias, y al hacerlo abre un espacio para pensar la escritura desde dos facetas que se complementan, la de escritor y la de lector. En ambas resulta muy satisfactorio constatar su lucidez y maestría.

Un novelista que escribe ensayos, y en particular si esos ensayos hablan del arte de la novela, es como un náufrago que manda coordenadas: quiere decirles a los demás cómo pueden encontrarlo. También, por supuesto, quiere encontrarse a sí mismo; en otras palabras, saber cómo debe leer las novelas que escribe. (p. 16)

El libro está dividido en tres partes. La primera, “A partir de Cervantes”, incluye algunos de los ensayos más interesantes del conjunto. En el texto que da nombre al libro, Vásquez nos recuerda que es la novela la que inventó al ser humano, no al contrario, y lo hace a partir del estudio de dos de sus grandes obsesiones: *Don Quijote de la Mancha* y *El Lazarillo de Tormes*. La novela, apunta más adelante, citando a Ford Madox Ford, es indispensable para comprender la vida, pues se trata de

(...) la única fuente a la cual podemos dirigirnos para verificar cómo viven los demás su vida entera. Y agrega: “Uso las palabras ‘vida entera’ después de cuidadosa consideración”. Tengo para mí que se refiere a la posibilidad de la novela de acceder a las vidas completas, no parciales, de los otros: a la posibilidad de penetrarlos, estudiarlos, comprenderlos *en todas sus dimensiones*. Y a la posibilidad, maravillosa y aterradora, de conjugar todos estos verbos en la primera persona del singular. (p. 25)

Gracias a esos seres que no vivieron jamás, los personajes de las grandes novelas, nos adentramos, pues, en los otros. La novela es la matriz de la empatía, y el mapa en blanco al que se refiere el título del ensayo es el atlas de la condición humana. “Hay provincias enteras de nuestro mapa que ya no están en blanco porque por ellas han viajado las grandes novelas” (p. 28). Más adelante, en otro ensayo de la primera parte, Vásquez aborda la novela a partir de la diferenciación que hace George Steiner entre tragedia absoluta y tragedia relativa, y tras atender a la obra de Shakespeare, en la que encuentra un estudio profundo del error humano y sus consecuencias, concluye que la novela es “la forma

de nuestro caos, el orden de nuestro desorden, y la revelación, a lo largo de los siglos, de que esto que llamamos experiencia puede, a fin de cuentas, tener un sentido” (p. 60).

Los ensayos de la segunda parte, “El escritor latinoamericano y la tradición”, son una exploración de las posibilidades de la literatura latinoamericana actual. En ellos la legibilidad se ve perjudicada por la referencia excesiva a otras obras, sobre todo en aquel capítulo titulado “La aplanadora de la historia”, que más que un ensayo es una suerte de recopilación de notas de lectura de la novela *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa.

La tercera parte, “Misterios de la novela”, es la más variopinta de la tres. Los textos van desde una reflexión acerca de *El corazón de las tinieblas* escrita a bordo de una réplica del vapor en el que Conrad viajó al Congo, hasta un señalamiento del papel de la poesía y la música en el *Ulises* de Joyce, o la identificación del arte de la novela con el síndrome de Korsakoff, que consiste en reemplazar las memorias perdidas por invenciones fantásticas.

Si bien los textos que componen *Viajes con un mapa en blanco* fueron concebidos originalmente como piezas independientes y, algunos de ellos, separados en su concepción por varios años, en conjunto dan cuenta de una coherencia ideológica y estética que los aviene y los encamina hacia el último, titulado “A manera de epílogo”. Allí Vásquez concilia su vocación literaria con los acontecimientos históricos del momento en el que se formaba como escritor, puntualizando así ante el lector una visión rica, compleja y muy interesante del ejercicio de la novela, entendida en definitiva y con acierto como un necesario antídoto contra el olvido, capaz de restablecer la continuidad que une el pasado con el presente sin caer en las gesticulaciones vacías y peligrosas de las historias oficiales y totalitarias.

Santiago Cepeda